

HERALDO DE MURCIA

AÑO VI

DIARIO INDEPENDIENTE

NUM. 1577

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 7'50 PESETAS trimestre.
Comunicados á precios convencionales.
Redacción, Administración y talleres: S. Lorenzo, 18

Viernes 22 de Mayo de 1903

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En primera plana.	1 peseta línea
En segunda.	00'50 id. id.
En tercera.	00'10 id. id.
En cuarta.	00'05 id. id.

CRÓNICA NEGRA

Los que tenemos que detallar con pormenores, que sacien la voraz curiosidad del público, el relato de los crímenes, los que estamos obligados á dar á la publicidad con amplia información, mejor cuanto mas amplia, lo que podemos llamar crónica negra ó roja, negra de dolor ó roja de vergüenza, somos los que mas sentimos, los que mas de cerca aspiramos el hedor del crimen, que trasciende y envenena la atmósfera.

Cada país tiene su azote, duro, inflexible, como castigo del destino, como expiación de culpas no se sabe por qué cometidas, contra el que todos los esfuerzos son inútiles y todo propósito de combatirlo ineficaz. Tenemos nuestro azote: cómo nos que nos castiga y nos senoja. Sobre nuestros campos no cae la langosta arrasando el producto de la tierra, en las aldeas no se conoce el hambre porque todos tienen donde trabajar y el que trabaja come, el cielo es compasivo y ni huracanes ni tormentas devastan las campiñas, pero tenemos en la ciudad una plaga, mas fuerte que la langosta, mas atroz que el hambre, mas imponente que los elementos desencadenados, el matonismo....

¿Cómo y porque abunda y se multiplica el matón? Males antiguos le traen, costumbres perniciosas le sostienen y protecciones criminales le amparan. No basta, no, que de vez en cuando le den ejemplares castigos, no es suficiente la protesta de la masa honrada, no es bastante que se combata lentamente con la ley en la mano; al matonismo, hay que extirparle.

¿Y cómo? ¿Es que no hay remedio? ¿El tiempo y el progreso pasan en balde para nosotros? Quizá sí. Relegados al último estado de cultura, vemos indiferentes la sangre. No basta decir, ¡soy un hombre culto! Hay que probarlo. Y para probarlo hay que ponerse decididamente en contra de todo lo que sea rémora. No basta, no, que se recojan unas cuantas pesetas para los pobres titiriteros brutalmente apaleados. No basta, no, sentir horror por la muerte de la mujer asesinada que con sus ubres fúidas se gana el sustento, no basta, no, mirar con repugnancia el paso del asesino, que con gesto provocativo, altiro continente y mirada procazmente soez, atraviesa por entre la turba curiosa, hay que hacer más por la salud pública, por la higiene moral, por el saneamiento de las costumbres bárbaras....

¿Quiénes? ¿De donde saldrá la fórmula, que no puede ser otra que el castigo? Se queda sin contestación las interrogaciones. Solo sabemos que ha brotado una espontánea protesta pública, que han dado ejemplo los de elevada posición política y social, acompañados por los matones que les sirven en lo político de prorechosos instrumentos y en lo social de garantía de la seguridad de su hacienda....

El tema eterno

Hace pocos días ocurrió en Madrid un hecho cuyas proporciones exactas pueden ser contenidas en estas líneas: Fulana de tal tenía un novio que la abandonó. Y la mujer lo amaba. Inútil cuantas inquisiciones produjo para averiguar su paradero. Es indudable que encendió velas al pie de los altares, que ofreció exvotos, que se ensangrentó las rodillas arrastrándolas sobre las losas de los templos, que invocó á esas fuerzas tutelares de la vida, que con tanta esplendidez regalan promesas á los desesperados y los caudrosos, pero

inútilmente.—Y cuando estaba á punto de cruzarse los brazos sobre el pecho á dejarse llevar y traer por las olas á su antojo, el azar fecunda matriz de cuantas causas ignoramos en la vida, la hizo taparse con otra Fulana, gitana de raza, ladrona y á veces quiromántica de profesión, quien le ofreció averiguar el paradero del fugitivo y darle medios para hacerse de nuevo amar por él—figuras la tierra, el sol, el mar y las estrellas!—mediante el estipendio de unas cuantas monedas indefinidas....

Ciento ochenta y cinco piezas de á peseta marcaron el numerario de la enamorada y la agonía de sus esperanzas. Muchos de mis lectores conocerán el desenlace por haber sido esta completa historia de amor narrada profusamente por los periódicos. Pero pocos advirtieron que esa vulgar gaceta es un drama cuyo personaje principal es la inmutable alma humana, y que esa mujer cualquiera, se llama la Mujer, y que los polizontes y curiales (la amante había llamado en su auxilio también á la justicia humana) que intervinieron en el prosaico suceso judicial, revolviéron, sin notarlo, más pedrería, que si hubieran hundido los brazos en los tesoros mágicos de un gnomo.

Es una malaventurada historia de amor la que contienen esas hojas de papel de oficio, y al estampar el potentísimo vocablo se levantan en mi memoria, con arrogancias conquistadoras, toda una legión de frases, más vivas todavía que la mano ardiente que ahora mismo escribe estas líneas: desde la convulsión rítmica de la carmelita de Avila.

Ya to la me entregué y di,
y de tal modo he trocado,
que mi amante es para mí
y yo soy para mi amado,
hasta el decir, sombrío como un epitafio, de esa alma de ermitaño que fué Proudhon: «la mujer es la desolación del justo».

No señalo ninguna novedad diciendo que se puede ser conciso en un volumen y prolíjo en un renglón. Sin apretar mucho la escritura podría intentarse la descripción de todo un continente en una ligera agrupación de líneas, tales que la vista las abarcara al primer apremio. Del amor, no. Isócronamente, monótonamente, los hombres, desde el mas confuso alboror de las edades, balbucean las letras iniciales del amor sin llegar á formar un alfabeto racional nunca. ¿Es placer ó tomento, vida ó muerte? ¿Acaso los dos términos á la vez? En todas las encrucijadas del Misterio hay ángeles de misericordia con el índice posado sobre los labios, en actitud de imponer silencio.

Pero ¿qué vale la definición de una cosa junto á la posesión de la cosa misma? Que le hubieran dicho al casi dios de Urbino que la Fornarina no era más que un vasto sexo carnal que se le corría desde los pies á la cabeza: ¡qué gesto entonces, qué rugido león! Que se le glose la frase de Nietzsche—«¿Vas con mujeres? No olvides el látigo»—al primer grito de quien sepáis que se le demuda el rostro cuando se le mienta, sencillamente, el nombre de cierta moza de su lugar—y prepara desde luego á un insólito comentario; decidle á un enamorado cualquiera la doliente frase de Flaubert, que en el idioma en que fué pronunciada tiene casi las intenciones de un sollozo—«líces, nifá, que me vas á querer toda tu vida. ¡Toda tu vida! ¡Qué presunción en una boca humana!»—y ps mirará con los ojos espantados de un creyente que viera desgarrarse de pronto el azul del cielo y aparecer en él el triste estigma de todas las miserias humanas: ¡nihil!

No, el amor no admite definiciones ni dogmas. Es uno é infinito, y glado, viaja de polo á polo, siempre igual y siempre diferente. Heine lo grabó así en el portento *Oed* de la palmera africana enamorada del pino del Norte; más complicada, aunque menos artista, el alma de Renan, dijo esta frase que restará pardarablemente de pie, con el sosiego de una montaña: «el amor es una voz lejana de un mundo que quiere existir».

Por eso danza eternamente al compás del mismo ritmo, sagrado muchas veces, profano las más, en todas las latitudes de la tierra. Y algunos lo ven bajo las apariencias de un juglar que baila con un puñal clavado en las entrañas.

ALEJANDRO SAWA.

BURLA BURLANDO

Todos sabemos las trazas de que se vale «La Verdad» (léase cizaña) para combatir todo lo combatible y hasta lo no combatible en el terreno de las ideas; mas lo que no sabíamos ni aun sospechábamos era que en el mencionado periódico (ó lo que sea) se atentara contra el sentido común. Por lo visto esos señores, con harto poder en la tierra para motejar de impío al lucero del alba, tienen sobrado holgachón el criterio en achaques de literatura, y así permiten, que un señor cualquiera, socolor de componer un cuentecito, hilvane ó deshiltane las más feroces atrocidades que inferirse pueden al sentido común y á la gramática. Ayer es un señor K. Pel. quienes nos regala dos ó tres columnas de metafísica vulgarota y amazotada; más tarde un correspondiente en Archena nos sirve un cuento tonto, descabulado y soporífero, sin sintaxis y falto de sentido común; hoy, pese al nombre del periódico y á sus fines sacratísimos, nos encaja un atroz desacierto, una calumnia poco edificante y muy por bajo del respeto y caballería que toda idea y toda persona, sea cual fuere, nos merece. Como se ve, el periódico católico, ó no sabe, ó no entiendo, ó no quiere entender la doctrina de Jesucristo; es decir, que ignora lo que cualquier niño que va á escuela sabe: los mandamientos.

Mas dejemos al periódico católico en su regeneradora tarea, y entrémonos en el asunto de este artículo.

¡Ah! Vamos á sacar á «La Verdad» de un error de fe. El periódico católico confunde por manera lastimosa la fe que defiende y la verdadera fe. Veamos el ejemplo. Siempre que hablan de su fe, la acentúan, y eso, ó por mejor decir, esa fe acentuada, no se acentúa ni por los católicos, ni por los republicanos, liberales ó impíos, ni por nadie. Esa clase de fe con acento es muy rara, y con ello se falta, primeramente á la fe y luego á la gramática. Ya lo saben los señores de «La Verdad» (y los de «El Liberal» también); la fe, católica ó no católica, suele escribirse sin acento, porque lo contrario es faltar á la fe.

Y vamos á nuestro pleito. El correspondiente de «La Verdad» en Archena no ha de ser un vivo por lo que se ve. Con el epígrafe «El Colgajo», engendra un desatino tan feroz en forma de cuento, que el sentido común y la gramática tiemblan de cólera. Y no puede ser otra cosa. Se podrá ser muy católico y muy carlista y hasta sacristán si se quiere, pero no se puede ser ni aun mal cuentista.

Dice el Fiel de Fechos de Archena, léase correspondiente: «A gatas unas veces, las más arrastrándose, avanzaba paulatinamente (!!) por entre la manigua y los riscos la compañía que mandaba el capitán Alvarez... ¿Verdad que no se entiende?... Con que, unas veces á gatas, otras arrastrándose avanzaba paulatinamente por entre la manigua y los ríos. ¡Qué... inocente! Conque á gatas, eh? Conque arrastrándose?... Así no avanza nadie, señor Fiel de Fechos. V. nada más, por ejemplo. Y como si esto no fuera bastante, nos encaja lo de «por entre la manigua y los ríos». Pero ¿V. que diablo se ha creído que es la manigua? ¡Vamos, hombre, espá V. si quiera lo que se dice! Y agrega los ríos como si la manigua no bastara. ¡Bueno está V!

«Al partir del lugar donde quedo esperando la columna, arengó á sus soldados, etc.» Aquí, señor Fiel de Fechos, quien resulta que parte es el capitán, dejando en espera á la columna, y V. lo que trata de decir es lo contrario precisamente. Ese en primer lugar; en segundo, esos dos párrafos con que principia V. el cuento, sobre todo el segundo, son de pésima calidad. Pero oído á la caja, que siguen los disparates.

«Muchachos: está anocheciendo, y aun pudiéramos comulgar (sí, hombre, que comulgen): nos ha elegido el general para hacer la descubierta y poseionarnos de aquel cerro: al otro lado, se encuentra la partida preparando el rancho; si logramos sorprenderla, nos espera una buena noche de descanso, después de comernos sus provisiones.» (Tercer párrafo del maladado cuento). Ciertamente no se comprende lo que quiere decir el capitán Alvarez al principio del párrafo: «está anocheciendo

y aun podemos comulgar». ¡Qué tiene que ver una cosa con otra! Además, lógicamente ese capitán no dijo verdad. ¿Cómo, de qué manera iban á comulgar aquellos hombres? pues nadie me negará que una compañía no puede en modo alguno contar con un sacerdote, máximo en operaciones. En segundo lugar, nadie va á creer que los pobres insurrectos, pudiendo poseionarse de una loma, sienten sus reales al otro lado; y tampoco nadie me negará es un solenne desatino atribuir al general el descabellado propósito de enviar cien hombres á tomar un loma cuando sabe que allí está todo el enemigo. Además, si los cien bravos logran tomar la loma, ¡qué han de pasar la noche tranquilos! Al contrario; la certeza de que el enemigo está próximo los hará ser cautos y pasar la noche en continuos cuidados. Ya ve el Fiel de Fechos, como no dice nada con cabeza. Hasta ahora, lo que va del cuentecito, es un puro disparate, una pura incongruencia, que no se le puede perdonar ni á él ni á nadie, por muy veraz y católico que fuere.

¡Siguen los desatinos.

«Desplegaron en guerrilla (¿con qué quedamos? ¿y comenzó el avance hacia el cerro, mi proferir una palabra, sin que el más tenue ruido indicara la marcha de aquellos cien valientes: el rozar sus cuerpos con la manigua, semeja á la suave cefirillo (ah cursilón!) que hace valanear suavemente á los arbustos». Veamos, veamos, que aquí hay más de una atrocidad. Después de andar á gatas unas veces, las más arrastrándose, se despliegan en guerrilla. ¡Bravo! ¡Oh militar ardid del capitán Alvarez! ¡Oh atrocidad sublime del Fiel de Fechos de «La Verdad» en Archena! «El rozar sus cuerpos». ¡Qué... inocencia, señor cuentista! Ven ustedes, por donde nos sale ahora el literato. Nos dijo que la compañía se componía de hombres, y ahora nos sale con que son monstruos. ¡Sus cuerpos! Pero ¡pedazo de correspondiente, no ve V. que aquellos hombres, como todos, solamente tienen un cuerpo! Figúrese el lector lo que serían aquellos hombres rozando sus cuerpos....

«...Rozando sus cuerpos con la manigua, semeja á la suave cefirillo», ¡Alto ahí! Solo V. Sr. Fiel de Fechos, puede decir tamaña atrocidad. Con la manigua no se roza nadie porque no puede ser. Manigua, señor mío, es una denominación figurada, ni más ni menos, y no otra cosa. Así es que nadie puede rozarse con ella, y además, que eso de rozarse, es de malísimo gusto y se presta á comentarios poco limpios. Y en lo de semejar suave cefirillo el mencionado roce, sólo un cursi, un detestable escribidor como V. puede decirlo.

«No obstante, cuando por la sinuosidad del terreno se llegaban á juntar dos soldados, en voz baja, tan baja (vaja, consta en el periódico) que no se percibía en el silencio de la noche, se dirijian preguntas ó chicleos (es lo mismo) humorísticos (debiera V. agregar que) los humorismos eran campomorinos de los que el soldado español guarda siempre un buen arsenal, especialmente en los momentos de mayor peligro». Cualquiera cosa, señor Fiel de Fechos. Bueno estaba el horno para bollos, es decir, para que, cuando se llegaran á juntar dos soldados se dirijieran chicleos. Y es el caso, que los chicleos se reducen á que se contesten fuerte dos soldados, porque uno, andaluz por más señas, lleva colgado de la parte fuera un escapulario, el colgajo, y otro, catalán, le pregunta que cómo va ese colgajo. Para esto, el cuentista les guarece tras un enorme cocotero... ¡V., si que resulta un enorme cocotero! En que historia natural ha visto V. cocotero tamaño, Sr. Fiel de Fechos? Probablemente en el cacumen de V. Y vean ustedes, ahora el lenguaje que el gacho nos gasta: «Haz cuenta que no me dá la gana el quitármelo».

¡Qué lenguaje es ese, insigne correspondiente!

MOSTACILLA

(Se continuará).

Teatro Circo-Villar

Ante numerosísima concurrencia dió anoche la compañía Alegría la función anunciada.

Todos los artistas que tomaron parte gustaron mucho, como siempre, y fueron muy aplaudidos, distinguiéndose como en anteriores noches la familia Peresof y los ciclistas Ancillok.

La pantomima «En la feria de Sevilla» gustó mucho, ovacionándose á la señorita María Alegría, que es una bailaora que dá el opio.

En la lidia del becerro, la suerte de varas dió lugar á que los espectadores rieran los incidentes ocurridos.

Esta noche tendrá lugar una bonita función, en la que se estrenarán números nuevos.

EL PARRICIDIO DE HOY

Esta mañana á las ocho y media todos cuantos transeúntes pasaban por las inmediaciones á la calle de Pinares, escucharon sobresaltados dos fuertes detonaciones.

Pronto comenzó á decirse que había sido asesinada una mujer por un individuo que suponían era su marido.

Por lo cercano del lugar del suceso á nuestra redacción, inmediatamente se trasladó un redactor nuestro á dicho sitio.

La Interfecta

Sentada en una silla en mitad de la calle estaba una mujer como de unos 32 años, sosteniéndola varios individuos para que no cayera al suelo.

Por muy pronto que al lugar del suceso llegara nuestro redactor no pudo encontrar á la víctima con vida, pues la muerte debió ser casi instantánea.

Comenzó á practicar inscripciones entre el numeroso grupo de personas que rodeaba á la muerta, dando por resultado las siguientes noticias:

El hecho

Josefa Belando García, de 32 años de edad, se encontraba de ama de cría en la casa de la calle de Pinares, señalada con la letra B.

Esta mañana á las ocho le ordenó su ama fuera á varios recados á la tienda de la calle de San Lorenzo, como lo hizo; mas al salir de la tienda, casi al frente del colegio de San Antonio se encontró á su marido, de quien estaba separada por malos tratos.

Frente á la carpintería que en la misma calle (San Lorenzo) existe, sostuvieron ligera disputa, mirándose la Josefa; pero el marido, que á lo que se ve llevaba sus intenciones, siguió detrás de ella, diciéndole—al decir de algunos—que la iba á matar. Ya iba á entrar en su casa la Josefa, cuando el marido, con una pistola del calibre 12, le hizo un disparo, que produjo en la puerta honda señal.

Viendo que estaba dentro de la casa y no podía entrar, se asomó á una ventana, disparando, cuya bala, luego de romper el cristal, hirió mortalmente en el costado izquierdo á la Josefa.

Aturdida ésta al sentirse herida, quiso salir á la calle, cayendo á la puerta, sin más tiempo que para recibir los Santos Oleos. Otros individuos dicen que no pudo recibirlos por estar muerta cuando cayó al suelo.

Antecedentes

La Josefa Belando estaba separada de su marido desde la última Pascua, que le dió una feroz paliza.

También por aquel tiempo una noche la condujo al Malecón, pegándole otra paliza en la caseta del empleado de consumos, no matándola por la intervención de un sujeto.

Estando hace varios meses la Josefa sin venir en su casa de Mazarrón, se le presentó un sujeto, expresándole, como embajador de su marido, amenazándola. Dió ella conocimiento de lo sucedido á la guardia civil, que hizo abandonar la población al expresario, no sin que éste dijera á la Josefa, que su marido «haría ó dejaría de hacer tal cosa».

El matador

Llamase el autor de la muerte de Josefa Belando, Fulgencio García Pérez (a) El Chato ó Feo, de 37 años de edad, de pésima conducta: habiendo sostenido en esta capital infinidad de riñas y escándalos y estado innumerables veces en la cárcel.

